



El Libro Fiel

SE HAN IMPRESO DE
ESTE LIBRO VEINTE
EJEMPLARES EN PAPEL DE
HILO NUMERADOS DE
1 A 20

Leopoldo LUGONES

EL LIBRO FIEL



CASA EDITORIAL
FRANCO-IBERO-AMERICANA
222, Boulevard St-Germain
PARIS

Leopoldo LUGONES

«Es una fuerza de la Naturaleza», dicen los argentinos, tal vez porque no provoca la simpatía, sino la arrastra. Y a pesar de su indiscutible alcurnia, añaden otros: «¡Un indio bravo!» Pues es preciso detestarle o quererle.

Cuando se le quiere bien, se divisa en

sus ojos aquel «delirio inspirado por los dioses» de que hablaba Sócrates en el Fedro. *Es un dionisíaco. Es un carrete eléctrico por donde pasan las más altas corrientes de lirismo. No puede estar tranquilo este hombre enjuto y atezado que os toma del brazo para aumentar la contundencia del argumento. Le tiemblan las piernas, por el cuerpo todo pasa y estalla en palabras sonoras aquella dispersa tempestad del ambiente que se humaniza en labios de orador. Kipling alabaría su catadura de espectador de mundos. Tiene sus gafas maliciosas, la curtida tez de Ulises transatlántico y la humildad tan orgullosa de llamarse exclusivamente periodista... Miradle. Ya está en monólogo. La mano patricia tiraniza las guías del bigote o ensancha el cuello para que sea holgado el resoplido o levanta agresiva-*

mente los espejuelos para asestar el ojo desnudo. La idea prorrumpe en él como una estrofa. Se empecina Lugones al impugnar; si le rebatís, inclina la cabeza para la acometida bovina; pero ya canta la carcajada fresca y todo concluye en un «¡ché, querido!»

Es un hidalgo cordobés, bien lo sé; pero le busco seducciones de gaucho en la voz arrastrada o en cierta felina agilidad o en la parada instable de jinete argentino que está buscando el respaldo del caballo. Hay versos suyos que continúan el jadeo del galope o su vértigo; y nunca el mito del potro lírico fué más plausible que en esa tierra de poetas humildes que llevan la lira en el zurrón para cantar en la tapera de la china sus vidalitas dramáticas. Así, los beduinos de la pam-

pa recuerdan al abuelo probable que, después de gastar la pólvora en las desbocadas «fantasías», hace gemir la flauta de las noches árabes.

Cuando Lugones olvida sus habituales gongorismos y las excursiones por los Andes de su verso escarpado, tiene blanduras y requiebros de guitarra criolla. Cinco libros admirables, por lo menos, le acreditan maestro; pero él siente la necesidad de hacinar obras como lápidas para colocar su estatua encima. Sarmiento debió ser así. Con tal premura nsolente de acaparar disciplinas humanas, aquella intacta juventud de Lugones; pero, ¡válgame Dios!, un físico peor.

La mano velluda del Polifemo está templando guitarras. Sus últimos versos son de payador y Martín Fierro le hu-

biera cebado el mate amargo. El áspera dulzura de los panales salvajes y los hombres enérgicos es la recompensa de su madurez. Como las famosas impresiones de un gaucho en una representación del Fausto *que escribiera Estanislao del Campo, así los versos amatorios de Lugones parecen— y este es un elogio conmovido—la adaptación criolla de la* Vita Nuova. *Mirad a Beatriz en Palermo (el Palermo de Buenos Aires). El poeta conoce aquel «mirabile tremore» del sublime libro, mas no regresa a la «cámara de las lágrimas» ni queda «maravillosamente triste», sino inquieto, cuando más, inquieto sí y humilde en la giróvaga noche, porque el diamante nocturno está rayando el alma de vidrio. ¿Quién no la ha sentido estregada por esmeriles de Dios? La admirable «Endecha» de Lugo-*

nes alcanza entonces la dulzura acongojada, la temerosa ventura y ese arte del suspiro que maravillan en los sonetos y baladas de la Vida Nueva.

Pero el argentino Dante no es colérico ni asume la tristeza teologal del otro. Aquí resuena en el rumor fabril, en el rodeo de los centauros la serenata de un incrédulo sentimental que sólo cree en la vida: exclusiva fe de Lugones. Su optimismo es quizás la virtud menos pregonada y la más evidente de sus Juegos Frutales. Poesía de hombre de acción, que en la tierra libre y ubérrima lleva la camisa del hombre feliz, casto y fuerte como los Pelasgos. El me escribió en unos inéditos apuntes sobre su musa dilectísima —aquella Juana de Lugones canonizada ya por los dos poetas representativos de nuestra América —esta frase atrevida y

risueña que pudiera servir aquí de epígrafe:

«—Tengo la reputación de ser el marido más fiel de Buenos Aires, y la merezco.»

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

TIBI

UNICÆ SPONSÆ

TURTURÆ MEÆ

UNICISSIMÆ

EL LIBRO FIEL

A TI

Si algo en estos versos tiene la eficacia
Que da a las coronas la hoja de laurel,
Con la misma gloria, tu dicha y tu gracia
Vivan en los versos de este libro fiel.

Amor, que fué siempre mi dulce abogado,
Me ordena, ¡oh, ventura!, celebrar así
Todas las bellezas que en ti he adorado,
Todas las tristezas que he llorado en ti.

Mas yo he preferido con mi obra de amante
Dar aquella cosa pequeña y total,
Que es el cristalino primor del diamante,
La chispa sabrosa del grano de sal.

Nuestro amor sin sombras y sin desengaños,
Como las doncellas con su gracia en flor,
Por sus primaveras cuenta ya quince años,
Y esta es, a fe mía, la edad del amor...

Prosigue dichosa su senda florida,
Dejando que el tiempo, fugaz como un tul,
Componga el amable sueño de tu vida,
De un poco de nube y un poco de azul.

EL LIBRO FIEL

ODA AL AMOR

Implacable ansiedad de querer tanto,
Fatal delicia de seguir queriendo;
Amor terrible con tu mismo encanto.

Porque es así que sin pavor ni estruendo,
Viene y nos clava el peligroso infante,
Tras la gota de miel dardo tremendo.

¡Oh, fiero menester el del amante,
Ya que sólo mordiéndose a sí mismo
Se desbasta el amor como el diamante!

Y luego aquel extraño fatalismo
Compuesto al par de duda y de esperanza,
Cual la noche es estrella y es abismo.

En aquella incurable destemplanza,
Tuércese el vino de la fe, y es trueco
De piedra dura el pan de la confianza.

Y te vuelves, lector, el mozo enteco
De la tertulia, el infelice avaro
Del guante impar o del ramito seco;

Mientras *ella* con rostro ingenuo y claro,
Hace la niña boba cuya cinta
Blasona idilios en pueril descaro;

EL LIBRO FIEL

O con premioso afán mancha de tinta
Sus labios, al ponerte en la postdata
Una cruz breve y lo que así te pinta.

Ah, por cierto, el amor no es cosa grata;
Antes ridiculiza e importuna,
Y exprime en llanto cruel lo que no mata.

Pero también, por singular fortuna,
Te comunicará en noche bendita
El dulce bien de descubrir la luna.

Y el poético ingenio de la cita,
Y la sublime ciencia del destino
En el librito de la margarita.

Y para hacer más fácil tu camino,
Flauta sentimental te dará el viento,
Cuerda clara el arroyo cristalino.

Al sol primaveral de tu contento,
Verás bueno el vivir; toda vileza
Será injusta a tu claro entendimiento.

Y te revelará en genial certeza,
Su ley de bienandanza y de mesura,
La generosidad de la belleza.

Así acendrada la verdad segura,
Tus potencias exalta y perfecciona
Con fiera desnudez de llama pura.

EL LIBRO FIEL

Nueva filosofía en ti razona.
Cuál fué la dulce intriga de Galeoto,
Y cómo el ruiseñor canta en Verona.

En la paz del crepúsculo remoto,
Tu corazón, como las azucenas,
Toma un noble interés de vaso roto.

Descubres en la vid de tus faenas,
Como cuando en un cuento hay dos hermanas,
Que las uvas son rubias y morenas.

Perlas de amor te lloran las fontanas,
Y qué cosa más fácil que una estrella
Cuando están junto al cielo las ventanas.

Si con tal plenitud tu vida es bella,
Es porque *ella* está en todo lo que amas,
Y porque todo se embellece en *ella*.

En el grave murmullo de las ramas
Se inquietan tus suspiros. Los rosales
Parece que se atizan con tus llamas.

En tu embriaguez de lánguidos panales,
De tu ósculo profundo haciendo copa,
Se embeben las palomas conyugales.

Con sus deseos por piafante tropa,
De toda rienda el corazón se libra,
Y el gozo audaz del potro en él galopa.

EL LIBRO FIEL

El valor del león templa tu fibra
Como un vino mordaz, y un hondo anhelo
De alas que cubren en tus flancos vibra.

Con el vigor del árbol paralelo
Que en la luz y en el polvo profundiza,
La savia terrenal te eleva al cielo.

Así entrega tu ser leña maciza
Al fuego juvenil, y a la edad yerta
Suave aroma en la flor de tu ceniza.

Y al fraternal dolor siempre despierta,
En la fiel simpatía de tu llanto
Su sal y su agua la piedad oferta.

LEOPOLDO LUGONES

Alza conmigo tu sincero canto,
Y él te arrobe en perpetua melodía,
Porque fuiste capaz de querer tanto
Y de seguir queriendo todavía.

PASEO SENTIMENTAL

Íbamos por el pálido sendero
Hacia aquella quimérica comarca,
Donde la tarde, al rayo del lucero,
Se pierde en la extensión como una barca.

Deshojaba tu amor su blanca rosa
En la melancolía de la estrella,
Cuya luz palpitaba temerosa
Como la desnudez de una doncella.

El paisaje gozaba su reposo
En frescura de acequia y de albahaca.
Retardando su andar, ya misterioso,
Lenta y obscura atravesó la vaca.

La feliz soledad de la pradera
Te abandonaba en égloga exquisita,
Y el vibrante silencio sólo era
La pausa de una música infinita.

Púsose la romántica laguna
Sombríamente azul, más que de cielo,
De serenidad grave, como una
Larga quejumbre de *violoncello*.

EL LIBRO FIEL

La ilusión se aclaró con indecisa
Debilidad de tarde en tu mirada,
Y blandamente perfumó la brisa,
Como una cabellera desatada.

La emoción del amor que con su angustia
De dulce enfermedad, nos desacerba,
Era el silencio de la tarde mustia
Y la piedad humilde de la hierba.

Humildad olorosa y solitaria
Que hacia el lívido ocaso decaía,
Cual si la tierra, en lúgubre plegaria,
Se postrase ante el cielo en agonía.

Al sentir más cordial tu brazo tierno,
Te murmuré, besándote en la frente,
Esas palabras del lenguaje eterno,
Que hacen cerrar los ojos dulcemente.

Tus labios, en callada sutileza,
Rimaron con los míos ese idioma,
Y así, en mi barba de leal rudeza,
Fuiste la salomónica paloma.

Ante la demisión de aquella calma
Que tantos desvaríos encapricha,
Sentí en el beso estremecerse tu alma,
Al borde del abismo de la dicha.

EL LIBRO FIEL

Mas en la misma atónita imprudencia
De aquel frágil temblor de porcelana,
A mi altivez confiaste tu inocencia
Con una fiel seguridad de hermana,

Y de mi propio triunfo prisionero,
Me ennobleció la legendaria intriga
Que sufre tanto aciago caballero
Portante el mal de rigorosa amiga.

Sonaba aquel cantar de los rediles
Tan dulce que parece que te nombra,
Y florecía estrellas pastoriles
El inmenso ramaje de la sombra.

La noche armonizábase oportuna
Con la emoción del cántico errabundo,
Y la voz religiosa de la luna
Iba encantando suavemente al mundo.

Sol del ensueño, a cuya magia blanca,
Conservas, perpetuado por mi afecto,
El azahar que inmarcesible arranca
La novia eterna del amor perfecto.

Tonada montañesa que atestigua
Una quejosa intimidad de amores,
Apalabrando con su letra antigua
«*El dulce lamentar de los pastores.*»

EL LIBRO FIEL

Y vino el llanto a tu alma taciturna,
En esa plenitud de amor sombrío
Con que deja correr la flor nocturna
Su venturoso exceso de rocío;

Pues, ¡quién no sentirá la paz agreste
Desvanecida de tristeza, cuando
Un plenilunio lánguido y celeste
Cifra el idilio en que se muere amando!

Bajo esa calma en que el deseo abdica,
Yo fuí aquel que asombró a la desventura,
Ilustre de dolor como el pelícano
En la fiera embriaguez de su amargura.

LEOPOLDO LUGONES

Así purificados de infortunio,
En ilusión de cándida novela,
Bogamos el divino plenilunio
Como debajo de una blanca vela.

Íbamos por el pálido camino
Hacia aquella quimérica comarca,
Donde la luna, al dejo vespertino,
Vuelve de la extensión como una barca.

Y ante el favor sin par de la fortuna
Que te entregaba a mi pasión rendida,
Con qué desgaire comulgué en la luna
La rueda de molino de la vida.

EL LIBRO FIEL

Difluía a lo lejos la inconclusa
Flauta del agua, musical delirio;
Y en él embebecida mi alma ilusa,
Fué simple como el asno y como el lirio.

Sonora noche, en que como un cordaje
La sombra azul nos dió su melodía.
Claro de luna que al nupcial viaje,
Alas de cisne en su blancura abría...

Aunque la verdad grave de la pena
Bien sé que pronto los ensueños trunca,
Cada vez que te beso me enajena
La ilusión de que no hemos vuelto nunca.

Porque esa dulce ausencia sin regreso,
Y ese embeleso en victorioso alarde,
Glorificaban el favor de un beso,
Una tarde de amor... Como esta tarde...

DÍPTICO GALANTE

I

París... El bosque... Tú... Tarde azulina,
Que en actitud, por cierto muy francesa,
Al amparo del haya más espesa
Se empolva con un poco de neblina.

Frágil al beso que en falaz promesa
Suena como un luis, engolosina
Su boca demasiado purpurina
De morder la diabólica frambuesa.

En la pálida arena de las calles,
Trilla el sol que se va para Versalles
Las aristas del rayo postrimero;

Y brillando en tus breves escarpines,
Te echa a los pies puñados de sequines,
Como un sultán un poco rastacuero.

II

Versalles otoñal con sus pardillos,
Y el agua que en el césped les gorgea;
Y tú, evocando en señoril presea
Las damas de lunares y tontillos.

Y los nobles castaños amarillos,
Y aquella fuente en que, pueril ralea,
Montados en sus cisnes de pelea
Van flechando un tritón cuatro amorcillos.

Vestida «de carácter» por la luna,
Te da el silencio atmósfera oportuna.
(Suspirante silencio de jardines,

Donde al rumor del raso en que te ahuecas
Sopla sentimentales hojas secas.
Una divagación de violines.)

SERENATAS

I

Fiel al tormento que me desgarra,
Cual todo amante digno de amar,
Vengo a llorarte con mi guitarra
Las cosas que ella sabe llorar.

Tú también sabes que este es mi modo
De irme muriendo de amor por ti;
Pues si quererte, mi vida, es todo,
¡Quién no se muere de amar así!

Entre las cuerdas, sordo y convulso
Como un quejido, divaga el son,
Porque en los dedos con que las pulso
Me duele un poco de corazón.

Es que, glorioso con mis cadenas,
Cantando aumento mi padecer,
Que no hay compaña como estas penas
Para morirse... para querer...

II

Si para un fino amante,
   Nada es tropiezo,
En todo lo que toques
   Yo seré beso.

En todas las estrellas
   Seré mirada,
Que tu rigor es noche
   Que no se acaba.

Lima para tus rejas
   Serán mis celos,
Y mi sangre la marca
   De tu pañuelo.

III

El jardín primaveral
Te manda en sus mariposas,
Besos de amor de las rosas
Que te dedica el rosal.
El lirio sentimental
Te declara su interés,
Y con su aire de marqués
Parece que en la pradera
Solamente floreciera
Para ponerse a tus pies.

EL LIBRO FIEL

Pero si, por desventura,
Las rimas de mis amores
No te cambiaran en flores
Mis suspiros de ternura,
Los mares de mi amargura
Llenos de perlas están,
Y abrasado en el afán
Con que muriendo te adoro,
Te encenderá en besos de oro
La llama de mi volcán.

Si cultivo es menester
A las rosas y a los lirios,
Yo al rigor de tus martirios
He porfiado en florecer.
Así, aunque extraño poder
Me aparte de tu afición,
Guardaré mi corazón
Por tu perfume habitado,
Como un pañuelo llorado
La esencia de tu pasión.

LA JOVEN ESPOSA

Oh, la dicha de haber estado grave,
Y de sentir con tu presencia
La beatitud de la convalecencia
En una madurez pesada y suave!
Y bajo una paz lejana,
Ver afanarse con seriedad sencilla,
Tu diligente juventud de hermana
Menor, al son de la cucharilla
Que está entibiando una tisana.

Oh, afable prescripción, oh suave cautela!
La vela temblorosa riza su bucle rubio.
En la sala obscura y distante, un efluvio
De polen solar finge su angelical estela.

Oh, bondad evidente de todo lo que existe!
Y tu frescura de aseada muselina
Que me llega al corazón y me ilumina
Con una piadosa ternura casi triste.

Silencio presuroso de tu atareado ruedo...
Gracia tuya que agosta mis bárbaros abrojos...
Y mientras la sortija juega en tu lacio dedo,
Oh, aquellas largas horas que me paso muy [quedo
En la soledad de tus dulces ojos!...

EL LIBRO FIEL

Hay afuera un rumor de lluvia blanda...
Y el reloj con su ruidecito
De carcoma del tiempo, anda y anda
Por la arena inacabable del infinito.

Oh, con qué plácida belleza,
Dulcifican entonces mi contemplación
La serenidad de tu corazón
En una benéfica quietud de pureza;
Y tu adorada cabeza,
De palidez ennoblecida;
Y bajo un pimpollo en tímido brote,
El pequeño escote
Ligeramente palpitado de suave vida...

EL DOLOR DE AMAR

Tú apaciguas mis horas batalladas,
Con aquella suave tristeza
Que es la nobleza
De las vidas elevadas.
Y en el misterio singular de tu suerte
—Grave perfume de sombría flor—
La pureza de tu amor
Te da el deseo de la muerte.

Más tocantes y más unidas,
Nuestras almas se hallan así.
Morir y amar, ay de mí,
Qué dos cosas tan parecidas.
Pero de lo terrestre que me aferra,
Más y más tu candor se desiguala;
Que la pureza, como el ala,
Tiene por condición dejar la tierra.

Mi vida es esta deliciosa tortura:
Que eres más mía cuanto eres más pura.
Constante anhelo,
Que me obliga, en irremediable mal,
A vivir luchando con el cielo
Para que no te lleve, como es natural.

EL LIBRO FIEL

Pero me has dicho, contenta de sufrir
Hasta las heces tu exquisito dolor,
Que la seguridad del amor
Es tu única razón de no morir.
Y así, en la angustia de las dichas inciertas
Es la melancolía tu irreal aroma...
Oh, palpitante paloma
De alas siempre entreabiertas...

LA ESTRELLA DEL DOLOR

En la soledad tenebrosa
Como una ribera de la nada,
La honda tristeza de la estrella hermosa
Que cruza con la mía su mirada
Es el mal de saber que estás aparte,
En una pureza vecina de la muerte,
Y lo lejos que estoy para quererte,
Y lo ínfimo que soy para alcanzarte.

El astro agrava en el cielo severo
La nocturna desolación
Que pasa por mi corazón
Como un agua callada por un agujero.
Pequeño, frío y lejano
Sol de media noche,
Tu tristeza es el doloroso reproche
De los mundos eternos al despótico arcano.
Mirándome de hito en hito
Con tu lúgubre esplendor,
Me revelas que el dolor
Es la memoria del infinito.

EL LIBRO FIEL

Ah, por eso tienes tanto de ella,
Melancólica estrella.
Por eso, sin sombra ni ruido,
Brilla en su amor la luz fatal
De la misma pena inmortal,
Del noble dolor que niega el olvido.

ENDECHA

Callada noche de amor
En cuita de almas propensas
Que une las manos intensas
Con un remoto temblor.

Soledad de la ventura,
Donde el aire rumoroso
Sensibiliza un reposo
De jardín y de agua obscura;

Hasta parecer que al fin,
Nuestra emoción taciturna
Se dilata en la nocturna
Palpitación del jardín.

Como en una onda de tul
Nuestra quimera remonta,
Y la noche nos apronta
Su profundo lecho azul.

Melancólico cantar
Parece que se enajena
Con la anticipada pena
De lo que no ha de durar.

EL LIBRO FIEL

Y en la fútil muselina,
Tu brazo delgado y fresco,
A mi dolor gigantesco
Más íntimo se avecina.

Mi inquietud palpa en tu anillo
No sé qué vaga certeza
Para tu delicadeza
De amoroso huevecillo.

Y en las estrellas perdida,
Adivino que persiste
Tu mirada obscura y triste
Porque contiene mi vida.

Así en tu ensueño estelar,
Como en un luto hondo y bello,
Pone un romántico sello
La nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
De tus ojos está expreso
Tal fielmente, que por eso
Se vuelve melancolía;

Pues si el beso da su encanto
Genuino a los labios rojos,
Es condición de los ojos
La fidelidad del llanto.

EL LIBRO FIEL

A mí te acoges mimosa,
Con la ternura infinita
De ser sólo una cosita
Pequeñita y deliciosa.

Tu seno, que dócil late
En tu blusa conveniente,
Calma con gracia inocente
El fervor de mi combate.

Y al amor de un madrigal,
Te llamo entre dulces bromas
Suavidad de Cuatro Aromas
Como en un cuento oriental.

Mas ese instante divino
Que vive tu juventud,
Lleva en su misma quietud
La congoja del destino.

Cada murmullo de viento
Me dice en soplo de muerte
Qué cerca estoy de perderte
Cuando más mía te siento.

Qué graves son las quimeras,
Qué breves las alegrías,
Oh, *Suave* que morirías,
Oh, mi *Triste*, si supieras...

EL LIBRO FIEL

Con temeroso recelo,
En cada vuelo lejano
Creo advertir una mano
Que te llama desde el cielo.

Si en la noche desolada,
Profundo sueño te mece,
Qué lóbrego me parece
Tu cabello en la almohada.

Y mi alma de amor transida,
Goza más con estar cierta
Que nunca sabrás despierta
Lo que te quiero dormida.

Ya sobre el jardín sombrío,
De primavera encantado,
El firmamento ha virado
Como un profundo navío.

En el follaje escondida,
Una estrella grande y clara,
Parece que nos ampara
Lejos del mundo y la vida.

Con análogo esplendor
Que en luz duplica tus huellas,
Tiembla llorado de estrellas
El cielo de nuestro amor.

EL LIBRO FIEL

En lo hondo de nuestro ser
La quimera se encapricha,
Y es más dulce que la dicha
La tristeza de querer.

VIDALITAS

I

Bienhaya ese sabio

Vidalita

Que tenga el poder,
De aliviarme el alma

Vidalita

Del mal de querer.

En vano los traen

Vidalita

Para mi salud,
Y ellas me recetan

Vidalita

Hierbas de virtud.

Pero es que no saben

Vidalita,

Y este es mi pesar,
Que no bien te miro

Vidalita

No quiero sanar.

Como flor picada

Vidalita

Por el picaflor,
Llora miel la herida

Vidalita

Que hiciste a mi amor.

Porque no hay regalo

Vidalita

Mejor para mí,
Que el de ese piquito

Vidalita

Que me hiere así.

II

Desdichas de mi pasión
No tienen cuándo acabar.
Menos profundo es el mar
Y en él no hay disminución.

Marchitas flores
Son mis amores,
Y en la cadena
De tus rigores,
Llora cautivo mi fiel corazón.

EL LIBRO FIEL

Así como no es razón
Querer reducir el mar,
No tienen cuándo acabar
Desdichas de mi pasión.

Marchitas flores
Son mis amores,
Y en la cadena
De tus rigores
Llora cautivo mi fiel corazón.

Y abriga vana ilusión
El que quiera comparar
Con la pequeñez del mar
Lo inmenso de mi pasión.

Marchitas flores
Son mis amores,
Y en la cadena
De tus rigores
Llora cautivo mi fiel corazón.

III

Mientras brilla el sol ardiente
  Bienhaya el amor
Yo me convierto en tu sombra,
  Perlas mi llanto y oro mi dolor
Para tender una alfombra
  Bienhaya el amor
A tus pies constantemente.
  Perlas mi llanto y oro mi dolor.

Cuando la luna consuela,
Bienhaya el amor
Tu demisión importuna,
Perlas mi llanto y oro mi dolor
Soy en la luz de la luna,
Bienhaya el amor
Tu pálido centinela.
Perlas mi llanto y oro mi dolor,
Y cuando en la noche obscura,
Bienhaya el amor.
No hay sol ni luna en el cielo,
Perlas mi llanto y oro mi dolor
Fiel a su dulce desvelo
Bienhaya el amor
Permanece mi ternura.
Perlas mi llanto y oro mi dolor.

NOCTURNO

I

Grave fué nuestro amor, y más callada
Aquella noche frescamente umbría,
Polvorosa de estrellas se ponía
Cual la profundidad de una cascada.

Con la íntima dulzura del suceso
Que abandonó a mis labios tus sonrojos,
Delirados de sombra vi tus ojos
En la embebida asiduidad del beso.

Y lo que en ellos se asomó a mi vida
Fué tu alma, hermana de mi deventura.
Avecilla poética y obscura,
Que aleteaba en tus párpados rendida.

II

Claro fué nuestro amor; y al fresco halago
Plenilunar, con música indecisa,
El arco vagoroso de la brisa
Trémulas cuerdas despertó en el lago.

En la evidencia de sin par fortuna,
Dieron senda de luz a mis afanes
Tus ojos de pasión, ojos sultanes,
Ojos que amaban, húmedos de luna.

Con dorado de joya nunca vista,
Tu mirada agravaba su desmayo.
Y removía su ascua en aquel rayo
La inquietud de león de mi conquista.

RUE DE CASTIGLIONE

Como un ratoncillo gris,
Parece que en tu silueta
Se acurrucara coqueta
La neblina de París.

Al soplo del cierzo aleve,
De noble armiño rodeada,
Tu naricilla rosada
Va gulusmeando la nieve.

Y en la invernal palidez
Del sol que así te interesa,
Me figuras una fresa
En un vaso de Jerez.

LOS PUÑALITOS

Al hilo de estas coplas, en frágil sarta,
Cada sílaba es perla que te adoceno,
Para que así, en mensaje de amor, la carta
Les dé sus blancas alas hasta tu seno.

Que estos versos te infundan principios sabios
De la blanda doctrina de los amantes,
Y que te rimen besos sus consonantes
Como labios de fuego sobre tus labios.

Besos que son por crueles más exquisitos,
Aunque así nos transtornan cordura y calma,
Con su reñido choque de puñalitos,
De puñalitos de oro que van al alma.

AUSENCIAS

LA BLANCA SOLEDAD

Bajo la calma del sueño,
Calma lunar de luminosa seda,
La noche,
Como si fuera
El blando cuerpo del silencio,
Dulcemente en la inmensidad se acuesta.
Y desata
Su cabellera
En prodigioso follaje
De alamedas.

Nada vive sino el ojo
Del reloj en la torre tétrica,
Profundizando inútilmente el infinito
Como un agujero abierto en la arena.
El infinito,
Rodado por las ruedas
De los relojes,
Como un carro que nunca llega.

EL LIBRO FIEL

La luna cava un blanco abismo
De quietud, en cuya cuenca
Las cosas son cadáveres
Y las sombras viven como ideas.
Y uno se pasma de lo próxima
Que está la muerte en la blancura aquella,
De lo bello que es el mundo
Poseído por la antigüedad de la luna llena
Y el ansia tristísima de ser amado
En el corazón doloroso tiembla.

Hay una ciudad en el aire,
Una ciudad casi invisible suspensa,
Cuyos vagos perfiles
Sobre la clara noche transparentan,
Como las rayas de agua en un pliego,
Su cristalización poliédrica.
Una ciudad tan lejana,
Que angustia con su absurda presencia.

EL LIBRO FIEL

¿Es una ciudad o un buque
En el que fuésemos abandonando la tierra,
Callados y felices
Y con tal pureza,
Que sólo nuestras almas
En la blancura plenilunar vivieran?

Y de pronto cruza un vago
Estremecimiento por la luz serena.
Las líneas se desvanecen,
La inmensidad cámbiase en blanca piedra
Y sólo permanece en la noche aciaga
La certidumbre de tu ausencia.

EL LIBRO FIEL

EL CANTO DE LA ANGUSTIA

Yo andaba solo y callado
Porque tú te hallabas lejos;
Y aquella noche
Te estaba escribiendo,
Cuando por la casa desolada
Arrastró el horror su trapo siniestro.

Brotó la idea, ciertamente,
De los sombríos objetos;
El piano,
El tintero,
La borra de café en la taza,
Y mi traje negro.

Sutil como las alas del perfume
Vino tu recuerdo.
Tus ojos de joven cordial y triste,
Tus cabellos,
Como un largo y suave pájaro
De silencio.
(Los cabellos que resisten a la muerte
Con la vida de la seda, en tanto misterio.)

EL LIBRO FIEL

Tu boca, donde suspira
La sombra interior habitada por los sueños,
Tu garganta,
Donde veo
Palpitar como un sollozo de sangre,
La lenta vida en que te meces durmiendo.

Un vientecillo desolado,
Más que soplar, tiritaba en soplo ligero.
Y entretanto,
El silencio,
Como una blanda y suspirante lluvia
Caía lento.
Caía de la inmensidad,
Inmemorial y eterno.

Adivinábase afuera
Un cielo
Peor que obscuro:
Un angustioso cielo ceniciento.

Y de pronto, desde la puerta cerrada
Me dió en la nuca un soplo trémulo
Y conocí que era la cosa mala
De las casas solas, y miré el blanco techo,
Diciéndome: «Es una absurda
Superstición, un ridículo miedo.»
Y miré la pared impávida,
Y noté que afuera había parado el viento.

Oh, aquel desamparo exterior y enorme
Del silencio.
Aquel egoísmo de las puertas cerradas
Que sentía en todo el pueblo.
Solamente no me atrevía
A mirar hacia atrás, aunque estaba cierto
De que no había nadie; pero nunca,
Oh, nunca habría mirado de miedo.
Del miedo horroroso
De quedarme muerto.

Poco a poco, en vegetante
Pululación de escalofrío eléctrico,
Erizáronse en mi cabeza
Los cabellos.
Uno a uno los sentía,
Y aquella vida extraña era otro tormento.

Y contemplaba mis manos
Sobre la mesa, qué extraordinarios miembros;
Mis manos tan pálidas,
Manos de muerto.
Y noté que no sentía
Mi corazón desde hacía mucho tiempo.
Y sentí que te perdía para siempre,
Con la horrible certidumbre de estar despierto.

EL LIBRO FIEL

Y grité tu nombre
Con un grito interno,
Con una voz extraña
Que no era la mía y que estaba muy lejos.
Y entonces, en aquel grito
Sentí que mi corazón muy adentro,
Como un racimo de lágrimas,
Se deshacía en un llanto benéfico.
Y que era el dolor de tu ausencia
Lo que había soñado despierto.

SOBRE LAS OLAS

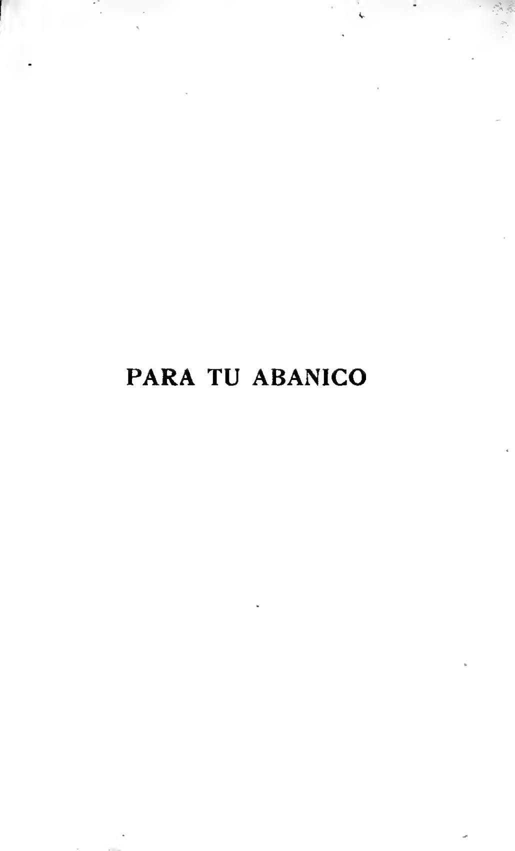
(Vals, por Juvencio Rosas.)

Ritmo dulce y vulgar del mejicano,
Que en la fidelidad de su tristeza,
Llora patria y amor, hecho belleza
De luna popular y mar lejano.

Luna de ministril, flébil piano,
Que dan novia y añaden con largueza,
El lánguido jazmín de su cabeza,
La suave angustia de apretar su mano.

Por largas horas con mi bien, nos diste
Esa noble ternura de estar triste
Que en su amorosa sed quejarse escucho.

Y nuestra dicha, hermana del silencio,
Como tu aire gentil, pobre Juvencio,
Hablaba poco y suspiraba mucho.



PARA TU ABANICO

INVIERNO

Noche obscura, viento leve,
Y sobre la tierra bruna,
Diríase que la nieve
Va pulverizando luna.

La hojarasca en el reposo
Se arrebuja como un manto;
Y en nuestro amor silencioso,
A flor de alma corre llanto.

PRIMAVERA

Mientras en el sendero
De la parda aldehuela
Luminosa acuarela
Nos pinta el duraznero,

Bienhaya el beso aleve
Que tu esquivez ahoga,
Y la rosada droga
De tu mejilla leve.

VERANO

Bajo el sopor de la siesta,
En la sombra montaraz,
Ha arrullado la torcaz
Con pasión casi funesta.

Y altera el vasto sosiego
De aquel ardor estival,
En el canto gutural
La sed de un beso de fuego.

OTOÑO

La luna está rosada,
Y en el bosque ya blondo,
Suena más grave el hondo
Canto de la cascada...

POR LA RÚSTICA SENDA

Por la rústica senda de los cercos, que aclara
Tu juvenil batista, con tu mimosa cara,
Bajo la flor inversa del sombrero *Charlotte*,
Y en la falda asaz fútil, tu pierna de palote
Que aun comenta la insípida delgadez colegiala;
Al hombro la sombrilla sonora, como el ala
Con que, purpúreo gallo, te hiciese el sol la
[rueda
Vibras al sordo fuego de la palabra queda

Con que te pongo grave, y en recóndito anhelo,
La sombra de tus nobles ojos aterciopelo.

Abril, con su rojiza cabellera Tiziano,
Como sensible paje que palidece en vano,
Túrbase con un suave delirio de poeta,
Y pone en tu abanico la tarde violeta.
La tarde que aun demora, cual nunca femenina,
De codos en la hierba, detrás de la colina.

Cuando alguna aspereza de la escabrosa calle
Me obliga —oh, cuántas veces— a abandonar
[tu talle,

EL LIBRO FIEL

Tu gárrulo volado susurra más ligero,
Y bajo un polvoroso rayo de sol rastrero,
Espoléanlo de óro tus altos escarpines.
En tu paso deshójanse ilusorios jazmines.
Y mi amor va buscando como tenaz abeja,
La guinda ruborosa que inflamara en tu oreja.

De la sierra lejana llega un trino remoto.
Una pureza angélica extasía el monótono
Azul, clarificado de luz amortecida
Y fácilmente vemos lo bella que es la vida.
Así, purificados por la emoción aquella,
Aguardamos la hora de contemplar tu estrella.
Y tardías palomas nos entreabren pañuelos,
Tendidos a las radas pálidas de los cielos.

ROMANZA SIN PALABRAS

Arrobamiento divino
A contemplar nos concierta,
Desde la rambla desierta
El plenilunio marino.

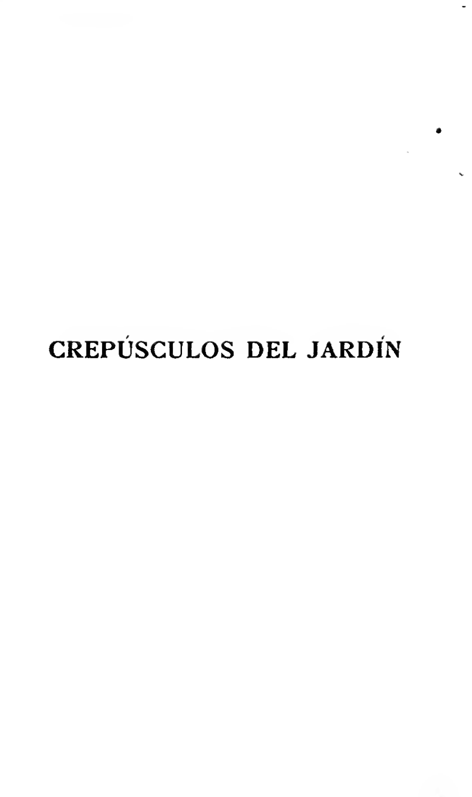
En el horizonte claro,
Hacia la pérfida ola,
Con su fuego de pistola
Vivamente apunta el faro.

Y el mar, trazando en la duna
Su decreciente circuito,
Tremula en un infinito
Deshojamiento de luna.

HISTORIA DE MI MUERTE

Soñé la muerte y era muy sencillo:
Una hebra de seda me envolvía,
Y cada beso tuyo,
Con una vuelta menos me ceñía.
Y cada beso tuyo
Era un día;
Y el tiempo que mediaba entre dos besos,
Una noche. La muerte es muy sencilla.

Y poco a poco fué desenvolviéndose
La hebra fatal. Ya no la retenía
Sino por solo un cabo entre los dedos...
Cuando de pronto te pusiste fría,
Y ya no me besaste...
Y solté el cabo, y se me fué la vida. .



CREPÚSCULOS DEL JARDÍN

EL LIBRO FIEL

I

ANDANTE

Al diáfano candor de un cielo vago,
Cobra el parque selvática espesura.
En el azul silencio de su hondura,
Límpidas teclas profundiza el lago.

El implacable amor pone en su halago
Una anticipación de noche obscura,
Y en la morada ojera prefigura
El lóbrego beleño de su estrago.

Con un romanticismo de cautivas,
Perfuman azucenas excesivas.
La senda de volver se borra incierta...

Y entre los labios dulcemente presos,
Se nos deshoja el corazón en besos
Como una rosa demasiado abierta.

II

ADAGIO

Oh, carbón del delirio que, en morosa
Desolación, los párpados enluta:
Frase de teclas negras que transmuta
El suspiro en celeste mariposa:

Sabor de húmedos pétalos de rosa,
Que embriaga de frescor la boca enjuta:
Ingenua dicha de perder la ruta
Por encontrar los labios de la Esposa:

Temas de amor, si está de manifiesto
Lo pálido y dichoso que me han puesto,
Mi humilde flauta a su alabanza obligo.

Y en la tarde, al bogar de la piragua,
Como un dedo pueril rayando el agua,
Mi dulce bien los cantará conmigo.

III

SCHERZO

Una noche muy clara todavía
Sobre la tierra azul de las montañas,
La estrella proverbial de las cabañas
Como un dulce cordero conducía.

Difundiendo ilusorias telarañas
Te envolvió mi especiosa cortesía,
Y en jovial frenesí de melodía
Pánico viento numeró las cañas.

LEOPOLDO LUGONES

Bajo la cabellera asaz confusa
Del sauzal, murmurábanos la esclusa
Un remoto temor de encrucijada...

Y ponía en nuestro íntimo alborozo,
El convulso cristal de su sollozo
La náyade en las sombras degollada.

IV

ALLEGRO, MA NON TROPPO

La luna! Por mis pálidos castillos
En el aire, al pasar barre indecisa,
En hojarasca musical, la brisa,
Un valse de lejanos organillos.

La agridulce tijera de los grillos
Corta a Pierrot su lánguida camisa,
Y el lunático valse te improvisa
Temas de amor ligeros y sencillos.

Con ironía gárrula, aunque tierna,
El arroyuelo que te vió la pierna
Ríe tu delgadez sin causa alguna.

Y en congratulación de nuestro caso,
La circunfleja cara del payaso
Su disco de papel rompe en la luna.

V

RONDÓ

Parque sentimental; senda escondida
Donde encontré sus labios; fiel pureza
Que en ese lago copia su belleza,
De copiarla, a su vez, embellecida.

Este es el buen país sin despedida,
En que buscando la única certeza,
El asno filosófico tropieza
Con el granito de oro de la vida.

Dócil como la seda a su destino,
Nuestra dicha, hasta el fin, hará el camino
De rosas de tus besos, noble y bella.

Y la muerte de amor, con dulce alarde,
Nos dará en el silencio de una tarde
La ilusión de volar hacia una estrella.

ÍNDICE

ÍNDICE

ÍNDICE

Imprenta de la Casa Editorial
Franco-Ibero-Americana
131, boulevard Saint-Michel. — Paris